

I.

Había transcurrido justo un año desde mi inconsciente visita a urgencias, y uno más, desde la trágica muerte de mi única hermana, Carlota.

El dios Cronos arrastraba mi cuerpo hacia adelante borrando las secuelas físicas de mi paso por el hospital, y desde entonces, abría surcos en la piel de mi alma cada minuto, cada segundo que pasaba. Pretendía disuadirme de la desesperada búsqueda de mi hermana Carlota, de su alma. Y con ello, mantenerme separada el mayor tiempo posible de ella; pobre iluso, mientras quede un ápice de fuerza en mi ser, un hilo de memoria, un suspiro de su recuerdo. Nunca la abandonaré.

En cierto modo no le guardo rencor, incluso empiezo a entenderlo y a considerarlo casi como a un amigo. Aunque se postule como un férreo oponente a mis recuerdos.

En este último año he dejado de buscar a mi querida hermana de manera suicida. Probablemente, debido a la ayuda indirecta que obtuvo el amo de las agujas del destino de parte del doctor don Óscar Ferrero, cuando me la ofreció a mí en una consulta tan falsa como su propia vida: psiquiatra novato de postín, amante infiel de segunda fila y alimaña ruin que se aprovecha de la indefensión de las pacientes más frágiles, como era yo.

Por supuesto, don Óscar no dejó escapar la ocasión que le presenté en bandeja de plata para formar parte de su colección de amantes. Desde aquel momento, don Óscar pasó a ser para mí simplemente Óscar, propietario de una bonita casa situada en una apartada cala, lejos del alboroto de la ciudad. El fantástico porche acristalado que se asomaba con elegancia al borde un acantilado era, sin duda, la parte más espectacular de la casa. A escasa distancia, la tierra se rompía en un abrupto acantilado; anclada a él, resistía una rústica escalera de madera grisácea que terminaba enterrada en la arena de la playa.

Sentados en los butacones tapizados en beige del porche solíamos contar cuantas olas azotaban la orilla en un minuto, trazar líneas imaginarias desde una estrella hasta otra, saludar con entusiasmo embarcaciones que eran meros puntos en el horizonte. Los primeros meses todo marchaba sobre ruedas.

II.

Amanecía el día 22 de diciembre, las templadas voces de los niños de San Ildefonso salían de la casa en tropel para acompañarme en un día muy especial. El olor a mar iba cobrando mayor intensidad a medida que descendía hacía la orilla por los castigados peldaños de madera. El sol se

desperezaba aún en la delgada línea del horizonte. El aire frío del invierno comenzaba a levantarse malhumorado, atizando con violencia mi pelo que parecía querer huir por la recoleta playa.

Detuve mis pasos, y al hacerlo, mis pies quedaron semi enterrados en la arena de color ceniza. Entonces, cerré la puerta de mis ojos a la realidad y la memoria me condujo dos años atrás, un instante antes del accidente que le costó la vida a Carlota. Sonaba de nuevo la radio de mi viejo Ford. Mi hermana había sintonizado la interminables cantinela de los números de la suerte del sorteo de navidad. Yo conducía a todo gas. Las dos reíamos y hacíamos grandes planes sobre los viajes que íbamos a hacer y lo mucho que íbamos a despilfarrar juntas cuando nos tocará el gran premio, “El Gordo”.

III.

No me percaté de lo cerca que estaba del agua hasta que el último suspiro de una ola me beso los pies, dándome la bienvenida. Me coloqué el gorro de natación para ocultar mi larga melena a su volátil agresor, dentro de un momento, también me sería útil para evitar que los rizos se alisaran con el agua salada e interfirieran en el ritmo de mis brazadas. Apreté de nuevo los parpados, y en esta ocasión, el recuerdo me llevó hasta la cama de mi antiguo apartamento. En el dormitorio sonaba una cantinela infantil a través del radio-reloj, la cadencia y su letra numérica era similar a la de de todas las navidades, a la de todo los sorteos. Con resignado pesar, los números digitales marcaban sobre mi mesita de noche una hora y una fecha. La del primer aniversario de la muerte de Carlota.

IV.

Me arrojé de cabeza al vasto mar. Lo hacía cada día (me lo prescribió el doctor don Óscar como método infalible de relajación mental), sin tener en cuenta las condiciones climatológicas. Braceé aproximadamente unos cincuenta metros en busca de la línea que separa el mar del cielo, a continuación, viré la trazada para dirigirme en paralelo a la costa. No necesitaba mirar el pulsómetro que me apretaba en la muñeca para saber el tiempo que llevaba dentro del agua, el recorrido que hacía a diario duraba veinte minutos, minuto arriba minuto abajo. Pero hoy el tiempo era lo que menos importaba. Hoy era un día especial. Disminuí el ritmo de las brazadas hasta que me detuve por completo, mecida por el vaivén de las olas como una boya de señalización. Giré la cabeza en todas direcciones y me sentí engañada, abandonada, sola. Sin mi médico ni amante. Sin un alma alrededor. Sin mi hermana.

Las voces de los uniformados niños cantores sonaron de nuevo en mi cabeza, haciéndose cada vez más estridentes. Con el escorzo propio de una nadadora rítmica empecé a descender hacia las entrañas del fondo marino. De esa manera, logré ahogar por unos instantes la dichosa cantinela y sacarla de mi mente. Multitud de agónicas burbujas decidieron emanciparse de mi cuerpo a través de

la boca y los orificios nasales en busca de una vida mejor, ignorantes de que al llegar a la superficie les esperaba el estallido de la muerte.

V.

No sabía a ciencia cierta si me iba a gustar lo que me esperaba al final de mi larga búsqueda. Es una duda que me asaltaba últimamente. Pero, pasase lo que pasase o encontrara lo que encontrase, nunca abandonaría a Carlota.

Ya había dejado escapar mucho tiempo con hipócritas promesas y tenía que intentarlo de nuevo con firmeza. Necesitaba hablar con ella.

Las voces volvieron a cantar, acompañándome en las negras aguas por las que ya descendía. Su insistencia me trasladó de nuevo a la penumbra de mi habitación, cuando los números rojos del radio-reloj digital marcaban el momento álgido de la madrugada, cuando desperté del horror de una pesadilla; la pesadilla recurrente que martirizaba mi memoria desde que ocurrió el desdichado accidente. En ella, yo reía al volante de mi viejo Ford en compañía de mi hermana Carlota, de repente, se produjo un estallido seco que nos catapultó en una oscura espiral hacia un cielo absolutamente vacío. Al cabo de un instante, que se me antojó eterno, un fogonazo cegador de luz límpida nos golpeó de lleno. Su mortal transparencia se diluyó reticente bajo una lluvia roja de afiladas gotas de cristal, calándonos la piel. Sin darnos apenas cuenta, nos amortajó el ropaje de la oscuridad, y nos enterró en un sepulcro de incertidumbre.

Sin embargo, cuando parecía que todo iba a terminar para nosotras, una mortecina luz anaranjada me hizo recuperar la visión, y me envolvió en un halo de esperanza. Al a postre, una falsa esperanza.

Allí, inmersa de lleno en la desolada penumbra sin final en la que me encontraba, fue donde comencé a buscar a mi hermana, allí comenzó todo y todo terminó allí, un lugar de tinieblas creado por el maldito accidente de tráfico cambió mi vida. También allí, vislumbré una silueta que me transmitió una horrible sensación, y, a pesar del desasosiego que me producía, no dudé en aproximarme a ella. Entonces, descubrí que la inquietante figura pertenecía a un sucio espejo que pendía de la mismísima oscuridad; infinitas e interminables telas de araña se descolgaban de su ajada ornamentación de oro viejo, ondeando como banderas de misterio en un viento quieto e inexistente. Estaba en un lugar donde el tiempo y el espacio no existían, no podían existir. Me armé de valor y pasé la yema de los dedos por la gruesa capa de polvo que dejó al descubierto retazos de vidrio sin vida. Quedé hipnotizada durante no sé cuanto tiempo, imposible calcularlo donde no existía el tiempo como tal. Finalmente pude escapar de aquel trance que me retenía contra mi propia voluntad. Un rostro lleno de magulladuras emergió con lentitud desde el fondo del frío abismo cristalino. El

horror se apoderó de mí cuando me vi reflejada en él. Pero al instante recelé ante la aparición de lo que parecía mi rostro, había algo que no terminaba de cuadrarme.

Me acerqué aún más al ancestral enser, hasta quedar a escasos centímetros mi supuesto reflejo. Poco a poco, fueron apareciendo profundos cortes enlucidos de sangre en el rostro que tenía enfrente. Asustada, me palpé la cara de manera irreflexiva; acto seguido, suspiré aliviada al no hallar incisión alguna. Me compuse y miré fijamente los ojos inyectados en sangre del reflejo que tenía delante, y entonces, el peso del mundo me cayó encima. A mi pesar, lo comprendí todo. Era la inconfundible mirada de Carlota, mi hermana, a pesar de que alguien o algo se hubieran entretenido en vaciarla de alegría. Me sentí por primera vez sola, muy sola. Como la solitaria lágrima que rodó por mi mejilla hasta despeñarse en la oscuridad sin fondo de aquel lugar.

El espejo barroco con su viejo y olvidado aspecto que delataba antiguos tiempos de grandeza, se la había llevado al otro lado del cristal, al otro lado de la vida.

– ¡Porqué no me llevas a mí! ¡Porqué no me llevas con mi hermana! –gritaba con el alma desgarrada, golpeando el cristal con tanta fuerza que me sangraban los nudillos. – ¡Carlota, no me dejes aquí, llévame contigo!

El reflejo de mi hermana se fue haciendo cada vez más y más débil, hasta que finalmente desapareció engullida por el infinito cristal. Siempre despertaba en ese punto de la maldita pesadilla. Con las sábanas empapadas en sudor y orín.

VI.

La presión que ejercía el mar sobre mis pulmones aumentaba a pasos agigantados. Cada vez me costaba más avanzar hacía sus oscuras profundidades. El dolor físico también empezaba a ser insoportable. Pero, no podía cejar en el empeño, buscaba a Carlota con tanta desesperación como aquella noche en mi habitación, un año atrás: entonces, la soledad y el dolor me empujaron con fuerza hacía el afilado borde del abismo. Fue una de esas noches en las que me era imposible dormir, cerrar los ojos aunque sólo fuera para relajarme unas horas. Y no pude soportar por más tiempo seguir dando vueltas a la pérdida de mi hermana, sin poder encontrar una solución. Desde que se produjo el accidente había evitado pasar por aquel lugar, no había vuelto a quedar con los amigos que tenía en común con mi hermana, y por supuesto, seguía sin poner los pies dentro de otro coche. Sin embargo, la pesadilla continuaba acechando desde la nada para culparme de su dolorosa partida, cada noche de mi existencia.

–No puedo seguir de esta manera ni un minuto más. Tengo que hacerlo, tengo que hablar con Carlota sea como sea. Y necesito hacerlo ya –aseveré a las cuatro somnolientas paredes de mi habitación.

Abrí el primer cajoncito de la mesita de noche que hacía de improvisado botiquín. Introduje temblorosa una mano y volteé repetidamente los numerosos frascos de barbitúricos que había apilado en su interior, como si se tratara de las bolas del sorteo de lotería de navidad. Elegí uno de ellos sin mirar el nombre del fármaco agraciado. Me entró el temor de un niño de san Ildefonso que intuye que va a cantar el premio gordo, aunque, yo no estaba totalmente convencida de poder encontrar esa noche el camino hacia mi premio, hacia Carlota. De todos modos, no me quedaba otra alternativa. Ingerí todas las cápsulas que contenía el frasco, luego observé su borrosa etiqueta antes de desplomarme sobre la cama.

La sobredosis del fármaco surtió el efecto necesario para transportarme hasta un extraño pero agradable lugar. Me encontraba un poco trastornada y tenía bastante desenfocada la visión, síntomas que achaqué a la ingestión, y que, desaparecieron cuando logré centrarme. Ante mí, se encontraba la entrada a un túnel de aspecto surrealista que parecía salido de un cuento de princesas. Sus paredes lucían delgadas y transparentes con aspecto refinado, como un delicado envoltorio de cristal de Bohemia. Su aparente fragilidad soportaba con elegancia numerosos rosales trepadores que extendían sus eternos brazos hasta cubrirlas por completo, salpicados por sofisticadas rosas con exuberantes pétalos de terciopelo rojo que hacían de cordiales anfitrionas.

Acepté con resignada normalidad que la parte más baja del camisón de seda roja, que me regaló Carlota al cumplir los veinte años, se fundiera con el vaporoso manto que parecía danzar un vals de Strauss entorno a mi figura. En el lugar donde ahora me encontraba, nacía un sendero de luz que se terminaba adentrándose en un túnel impregnado con una atmósfera serena y acogedora.

De pronto, noté como el destino comenzó a tirar suavemente de mí, hacia la boca del túnel, como si yo estuviera al otro lado de un hilo invisible que pudiera romperse de un momento a otro. Al cruzar su refinado umbral, que parecía estar hecho de cristal de Bohemia, mi cerebro decidió tomarse un descanso. El cajón dónde guardaba los recuerdos había quedado casi vacío, incluso se habían borrado de mi cabeza los pensamientos carroñeros que revoloteaban constantemente sobre mi cordura (los mismos que yo había intentado eliminar de mi psique, desde que ocurrió el maldito accidente). La sensación de bienestar me envolvía cuando surgió frente a mí una esbelta silueta de etérea claridad. Se encontraba a demasiada distancia para poder distinguir las facciones de su rostro. Sin embargo, podía ver el gesto con el que me invitaba a que me aproximara. De súbito, algo más fuerte que cualquier presentimiento asaltó mi alma. El bienestar seguía creciendo en mi interior con cada centímetro que me aproximaba a la esbelta silueta. Al fin íbamos a estar juntas de nuevo mi hermana y yo, las gemelas inseparables, “las muñequitas de pitimini” como solían llamarnos de manera cariñosa nuestros vecinos.

Desde pequeñas habíamos estado juntas a todas horas. Siempre lucíamos idéntico vestuario, y por supuesto, todos nuestros complementos iban a juego y también eran iguales; desde los diminutos zapatos de charol, los calcetines calados con borlón, los pasadores con forma de mariposa, hasta los ostentosos lazos, semejante a los de sus muñecas de porcelana, que solía anudarnos mamá en el pelo. Sin embargo, a diferencia los juguetes, Carlota y yo no teníamos marcados tirabuzones rubios, nuestro pelo era liso de color negro azabache. El día del accidente ambas teníamos la cabellera cortada a la misma altura, lo justo para sentirla como una delicada caricia sobre nuestros hombros.

—No tenía que haberse marchado tan pronto de mi lado, no de aquella manera.

La silueta que vislumbraba ahora ante mi debería haber sido la mía, si la muerte hubiera sido justa. Sin embargo, era la de mi hermana gemela.

Cuando nos encontraron atrapadas entre el amasijo del Ford, nuestro parecido dejó desconcertados a las fuerzas de seguridad y a los bomberos. También la incertidumbre se unió al dolor que ya se había apoderado de unos amigos que nos seguían en otro coche. Ellos habían presenciado en primera línea la brutalidad del impacto. Horrorizados, ni siquiera fueron capaces de distinguir cuál de las dos quedaba enterrada en el campo santo de asfalto bajo una tumba de hierros, y cuál de nosotras volaba camino del hospital más cercano en alas de luces que bailaban una danza mareante al son de estridentes zumbidos repetitivos.

¿Quién sabe?, tal vez confundimos a la propia muerte. Yo conducía, era a mi a quién tenía que haberse llevado, no a Carlota. La muerte también se equivoca de vez en cuando, para bien o para mal.

VII.

Tendí los brazos hacía mi hermana en aquel misterioso túnel, quería abrazarla, quería decirle que me perdonara, que había perdido el control en aquella maldita curva a causa de un desafortunado pinchazo. Que el bordillo de la acera hizo de inoportuno trampolín, y que, en las milésimas de segundo en las que había visto el mundo del revés, sólo me vinieron a la mente los buenos momentos que habíamos vivido juntas.

De pronto, un tremendo impacto puso a prueba la estabilidad del túnel, haciendo que sus paredes oscilaran y se agrietaran. Entonces, se filtraron incisivos rayos de luz que desgarraron la serenidad de la atmósfera. La aureola de Carlota comenzó deslizarse suavemente. Se alejaba de ella, otra vez.

—¡Espérame por favor! —grité, mientras era retenida por los brazos etéreos del guardián de la eternidad. —¡Tengo que decirte algo! ¡No me abandones!

Abatida de nuevo por la más que previsible pérdida de Carlota, el amargor de mis gritos se tornó en un puñado de desesperanzados susurros.

–No pude hacer nada hermana, de verdad. Necesito que me escuches. Necesito que me perdones, regresa por favor...

VIII.

–¡No reacciona, ponlo a trescientos sesenta! Vamos a hacer otro intento –exclamó el jefe de cardiología a su equipo médico.

Las placas que cubrían el pecho de Gabriela estaban unidas cada una de ellas con un cable eléctrico de diferente color a un pequeño procesador que mantenía iluminada la pantalla del electrocardiógrafo.

–¡Apartaos! –alertó de nuevo el doctor.

El cuerpo inerte de Gabriela se arqueó bruscamente intentando salir disparado de la camilla para caer de nuevo en ella.

Las brechas del túnel de cristal de Bohemia se agrandaban con cada nueva fibrilación que sufrían sus paredes. Gabriela comenzaba a oír voces lejanas sin entender lo que decían.

–¡Sigue igual! Se nos va –comenzó a decir un auxiliar.

–¡No lo permitiré! Es muy joven para morir. Inyecta una unidad de Lidocaína en la perfusión y vuelve a cargar –atajó su jefe, visiblemente nervioso.

El cuerpo de la gemela superviviente volvió a erguirse y a caer de nuevo con un ruido amortiguado.

Las voces estaban ya tan cerca que podía distinguir a más de una, aunque seguían siendo desconocidas para ella. Los haces luminosos cada vez se hacían más anchos y brillantes. El envoltorio de cristal de Bohemia se estaba haciendo añicos.

–¡Inyectamos quinientos miligramos de Berilium y carga a trescientos ochenta, rápido! – ahora o nunca, pensó el doctor.

Gabriela sufrió otra sacudida. Su corazón pareció responder y recobrar un ritmo aceptable. La mortecina luz comenzó a dibujar sobre la pantalla del electrocardiógrafo unos gráficos algo más tranquilizadores. Los pitidos avisaban por fin cortos y regulares.

Carlota se había ido. Gabriela bajó la cabeza resignada entre las ruinas del túnel. Los rosales fueron desaparecieron del mismo modo que sus paredes, tragados por un destello final. Había estado tan cerca de recuperarla.

En ese mismo instante, Gabriela entre abrió los ojos, pero la potente lámpara que estaba situada sobre la camilla se los volvió a cerrar.

IX.

Tal vez, el hipócrita psiquiatra de pacotilla don Óscar Ferrero tuviera razón después de todo con su terapia, no lo sé, el caso es que no reuní el valor suficiente para quedarme sumergida en el

gélido seno del mar el tiempo necesario para reunirme con Carlota. Al emerger insuflé una bocanada de aire cortante, y continué nadando en paralelo a la costa como si nada hubiera pasado. Pero, lo cierto es que acababa de echarme encima otra pesada losa. Uno de los pocos lastres que hasta ahora no arrastraba, un lastre llamado cobardía. Entre brazada y brazada controlaba de reojo un saliente del acantilado que tenía prefijado como señal, al llegar a su misma altura cambié la dirección, esta vez, buscando la orilla de arena grisácea que compartían de forma posesiva repelentes algas, conchas con aspectos inimaginables y una variopinta multitud de cantos rodados. Mientras que me aproximaba al acantilado, me dio la impresión de que este pretendía escapar al martirio que le infligían los golpes de mar, alzando al cielo la mirada de su espigada y deforme figura con forma de siniestro obelisco empapado en ácido. Disminuí la frecuencia de las brazadas para llegar a la orilla con el ritmo cardíaco en unos parámetros más acordes con los normales. Posé los pies en la arena con el agua aún cubriéndome la cintura. En la distancia, pude percibir la figura de un hombre corpulento que corría por la orilla en mi dirección. Al principio no le presté demasiada importancia, era un buen lugar para correr cuando despuntaba el día. Sin embargo, a medida que se acercaba más, me pareció reconocer sus movimientos, luego lo reconocí a él. Mis pulsaciones comenzaron a acelerarse hasta golpear en mi pecho como una maza. Tardé unos instantes en reaccionar y echar a correr en dirección contraria. Pero, cometí un grave error. No terminé de salir completamente del mar y el agua ralentizaba en demasía mi huída. Él me estaba alcanzando, yo ni siquiera me atrevía a girar la cabeza. Podía intuirlo, estaba cerca, tan cerca que sentía su gélido aliento en mi nuca.

La playa solía estar desierta a esas horas de la mañana en invierno. Era imposible encontrar ayuda con mi mirada en otros ojos salvadores. Estaba sola, más desamparada que nunca.

El ruido de las olas seguía golpeando con fuerza el estomago del acantilado. No podía concentrarme, pensar con frialdad. Estaba segura de que antes de salir a nadar había dejado a Óscar junto a la chimenea del salón con una aureola de sangre bajo su cabeza; al menos eso creía hasta ahora. No recordaba lo sucedido la noche anterior: demasiado alcohol, demasiadas drogas, qué más da, no iba a cambiar mi rutina por él. Al fin y al cabo era mi psiquiatra. Tendría que haber cuidado mucho mejor de mí. Sólo de mí, no de esas mujerzuelas a las que había estado viendo a escondidas, sin mi permiso. El maldito hipócrita me había estado engañado desde que le conocí, desde que pisé la clínica privada, desde que simulaba ojear algunos informes en la consulta. En realidad, lo que hacía era esperar agazapado detrás de un porta nombres en el que se leía D. Óscar Ferrero. La trampa estaba tendida y esperaba una presa fácil, como yo.

Me llamó la atención de su juventud en relación a la dilatada carpeta de casos y buenos resultados que me habían comentado, pero cuando acudí allí no me encontraba, como se suele decir, con la cabeza bien amueblada. No llegué a sospechar hasta mucho después de que no se

trataba del prestigioso psiquiatra, sino de su hijo. Para entonces, ya estaba colada por sus huesos y lo dejé pasar. Pensé que entre nosotros había surgido algo verdadero, aunque hubiera comenzado como una cobarde mentira.

X.

No había dado más de cuarenta pasos sobre la arena mojada, cuando sentí cómo el cuerpo de un hombre me caía encima, rodeándome con sus voluminosos brazos de gimnasio. Perdí el equilibrio al cabo de unos pasos y me di de bruces entre la arena ceniza y la espuma del mar, moldeando con mi cuerpo el suelo a modo de tumba antropomorfa. Me giré con el ánimo soliviantado, y fue entonces, cuando me topé con el rostro de Óscar. Sí, era él, lo tenía a escasos centímetros de la cara.

Se inclinó hacia mi muy despacio y me besó con desmesurada dulzura. Yo estaba perpleja, sin saber cómo actuar. Nunca antes me había besado de esa manera.

–No podía esperar a que volvieras. Te echaba de menos –me susurró al oído.

Yo seguía sin articular palabra. Una tímida sonrisa de incertidumbre se dibujó en mi rostro. Ni siquiera me atreví a mirar directamente a sus ojos.

Regresamos de la mano por la arena mojada. Mi corazón seguía desbocado sin encontrar todavía una respuesta, –¿Estaba soñado? ¿Seguía tan loca como antes?

Ascendimos el acantilado entre los crujidos lastimosos que emitían los peldaños de madera que conducían a su casa. Le seguía un poco rezagada, temiendo un empujón asesino hacia el colchón de salientes rocosos sobre los que estábamos suspendidos. Cada vez me invadía con más fuerza una extraña sensación de desasosiego. Óscar se giraba de vez en cuando mostrándose muy cariñoso, más que de costumbre, y entonces vi que en sus ojos se abría un profundo abismo, esos no eran los ojos que yo había besado en alguna ocasión, esos estaban vacíos. Nos acercamos a la puerta del porche, y sin comprender de qué manera, ahora me encontraba delante de él. Los niños de San Ildefonso aún cantaban al otro lado de la puerta. Sentía unos vértigos terribles, la acidez del estómago me arañaba las entrañas con uñas de gato. Presentía que algo no andaba bien, pero no podía hacer nada, era como una marioneta guiada por hilos invisibles. Conocía la sensación, era muy parecida a una sobredosis de “Prozak”.

Óscar me puso la mano en el hombro y me hizo girar a cámara lenta. Resignada a mi suerte una vez más, esperé lo peor y no opuse resistencia. Sin embargo, mi sorpresa fue mayúscula. Noté que mi respiración se entrecortaba. Abrí los ojos de par en par como si les diera permiso para salir de sus órbitas. Las pocas fuerzas que conservaba flaquearon y estuve a punto de desmayarme.

Óscar me tendía una mano. En ella, sostenía un ramo de rosas vestidas con sofisticados pétalos de terciopelo rojo y largos tallos sin espinas. Estaba envuelto con un papel tan delicado y transparente que parecía cristal de Bohemia.

–Te lo envía tu hermana. Carlota está bien, sabe que no tuviste la culpa de lo ocurrido y quiere seas feliz. Yo, querida Gabriela, espero que algún día puedas perdonarme por todo el daño que te he causado. Y, deseo de todo corazón, que tú también puedas perdonarte algún día. Hasta siempre, querida.

XI.

La monótona cantinela del sorteo de Navidad pasó de repente a ser una explosión de gritos y algarabía radiofónica. Acababa de salir el “22.123”, el primer premio del sorteo, el premio “Gordo”.

Atravesé con cuidado el salón, bordeando el cuerpo yacente de Óscar. No quería pisar la viscosa mancha que rodeaba su cabeza y teñía la alfombra de rojo. Subí el volumen de la radio portátil, que se encontraba sobre la encimera de la cocina, junto al exprimidor eléctrico, las cáscaras de varias naranja, y los demás restos del desayuno que había tomado antes de salir a nadar.

Los niños de San Ildefonso gritaban sin cesar por toda la casa el número agraciado y el importe de la serie ganadora: “22.123...tres millones de euros, 22.123... tres millones de euros, 22.123”... tres millones de euros... Y de repente, me percaté de que tanta insistencia era por algo. Me estaba indicando una fecha. El día veintidós, del mes doce, en el tercer aniversario de la muerte de mi hermana (22,12,03). Era un día especial, el día elegido por Carlota para mostrarme el camino correcto, el que me conduciría directamente hasta ella. Tenía que esperar todo un año para la fecha, pero ya no me importaba la espera, estaba segura de que ella me aguardaba.

Me senté en el porche y me puse a mirar al horizonte con la mirada perdida en la línea que forma el mar con el cielo. Una solitaria lágrima rodó por mi mejilla, tal vez de alegría, tal vez por Óscar. No lo sé, quizás seguía sin tener la cabeza bien amueblada.

Tardé un par de horas en marcar el número de la policía para confesar el asesinato del doctor don Óscar Ferrero.